

MI ABUELA ES UNA MAGA



Si hay algo que disfruto es ir a la casa de mi abuela Carmen. Además de contarme historias de cuando era pequeña, me hace unas comidas deliciosas y todo casero, como antes. También sabe trucos para limpiar todo tipo de objetos y lo que es aún mejor, sabe hacer remedios caseros. Por eso yo le digo que es una maga o mejor aún, una alquimista.

Es que mi abuela, cuando era pequeña, en la década de 1940, vivía en un pueblo de campaña conocido con el nombre de Piñera. No tenían luz eléctrica en ese tiempo, tampoco había supermercados ni tiendas y la farmacia más cercana quedaba en la ciudad de Guichón a unos 15 kilómetros de distancia. Pero se las arreglaban bien me dice siempre, porque con imaginación y sabiduría, suplían cualquier carencia y escasez.



La abuela me ha contado que, para cubrir las necesidades de las familias se recurría a los “correos de campaña”, que eran personas que una o dos veces por semana iban a la ciudad y traían en su carro los diversos productos que cada familia necesitaba.

El carro se llenaba con bolsas de azúcar, barricas de yerba, latas de aceite, bolsas de fideos, latas con productos para elaborar jabón casero y velas, entre otros tantos productos más.

La madre de mi abuela, mi bisabuela, lavaba ropa para afuera, por lo que en su casa se utilizaba mucho jabón. Cada pocos días había que proceder a fabricarlo; mi abuela y sus hermanos ayudaban en la tarea. Me ha contado que había que tener mucho cuidado, porque para hacer jabón se utiliza soda cáustica que es muy corrosiva y puede provocarnos daños severos si no tomamos las precauciones necesarias.

Este jabón casero se usaba solo para lavar la ropa y también la vajilla. El “jabón de olor” se compraba y era un artículo de lujo, únicamente se empleaba para lavarse la cara y para bañarse. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Un capítulo aparte merecen los remedios caseros; la abuela tiene para cada mal un remedio. Una de las cosas que siempre recuerda es que de pequeña cuando se resfriaba, su madre hervía agua en una olla grande, le agregaba hojas de eucalipto fresco y con eso le hacía vahos para aliviarle la congestión nasal.—¡Cómo me aliviaba! ¡Y qué delicioso el olor a eucalipto!—me comenta cuando lo recuerda.

La quinta que había en casa de sus padres ocupa un lugar privilegiado en la memoria de la abuela.

— ¡Había de todo!... además de lechuga, acelga, perejil y otras tantas verduras, teníamos árboles frutales y también flores, cuyo perfume lo invadía todo, especialmente en primavera—recuerda a menudo.

—No se tiraba nada en la época de antes. Se aprovechaban hasta las cáscaras de huevo que utilizábamos para abonar las plantas y la huerta — me dice siempre.

Y hablando de reutilizar, también la abuela me ha contado que con la ceniza de la estufa y de la cocina a leña hacían lejía para limpiar los pisos y el baño.

La abuela está llena de recuerdos de un mundo que no conocí. En cada charla con ella, me entrega una partecita de él para que lo guarde en mis recuerdos y lo preserve para transmitirlo a las futuras generaciones de mi familia.



Ahora, ya conoces algo sobre mi abuela Carmen, pero aún queda mucho más por conocer sobre ella, sus comidas, sus trucos y sus remedios caseros. Pero a medida en que vayas conociendo a la abuela y sus preparados, irás aprendiendo que todo, o casi todo, se puede explicar con la Química. Pero además, aprenderemos y haremos otras cosas que la abuela no sabe hacer e iremos buscando las explicaciones de todas sus recetas y trucos.